

Franz Kafka

Carta al padre



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

CARTA AL PADRE

Franz Kafka

1.ª edición: febrero de 2025

Título original: *Brief an den Vater*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2025, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-233-9
DL B 19674-2024

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Mi queridísimo padre:

Una vez me preguntaste por qué te dije que te tenía miedo. Como de costumbre, no supe responderte, en parte por el mismo miedo que siento hacia ti, y en parte porque para explicar las razones de este temor necesitaría mencionar demasiados detalles. Incluso al intentar responderte por escrito, mi explicación sería incompleta, porque el miedo y sus efectos me hacen sentir disminuido ante ti. Además, la magnitud de lo que debería explicar supera tanto mi memoria como mi capacidad para razonarlo.

Siempre te ha parecido todo muy sencillo, al menos en lo que a mí respecta. Lo has mencionado delante de mí y de muchos otros. Tu perspectiva es más o menos así: has trabajado duro toda

tu vida, sacrificando todo por tus hijos, especialmente por mí. Como resultado, he vivido «por todo lo alto», he tenido total libertad para estudiar lo que quisiera, y no he tenido que preocuparme por la comida ni por ninguna otra necesidad básica. No has exigido gratitud a cambio, porque ya conoces «la gratitud de los hijos», pero al menos esperabas algo de deferencia, algún signo de comprensión. Sin embargo, en vez de eso, siempre me he escondido de ti, ya sea en mi habitación, entre libros, o con amigos e ideas que consideras exageradas. Nunca te he hablado abiertamente, no he ido contigo al templo, no te he acompañado a Franzensbad, y nunca he demostrado un sentido de familia en los negocios ni me he ocupado de los otros asuntos que considerabas importantes. Te dejé solo a cargo de la fábrica y te abandoné. Apoyé a Ottla en su obstinación y por ti no moví un dedo (ni siquiera te traigo entradas para el teatro), mientras que por mis amigos lo hago todo.

Si resumo tu juicio sobre mí, aunque eres franco y no me acusas de indecente o malvado (con la posible excepción de mi última intención de casarme), sí me culpas de frialdad, extrañeza e in-

gratitud. Y me responsabilizas a mí como si fuera culpa mía, como si pudiera haber configurado todo de manera diferente con sólo un giro de la voluntad, mientras que tú no te adjudicas la más mínima culpa, porque según tú, has sido demasiado bueno conmigo.

Considero que tu presentación habitual es tan convincente que incluso yo también creo que eres completamente inocente de nuestra alienación. Pero también creo que yo soy completamente inocente. ¿Podrías reconocer que, aunque una nueva vida entre nosotros ya no es posible porque somos demasiado viejos, aún es posible una especie de paz? No una paz absoluta, pero sí un alivio de tus reproches incesantes. Curiosamente, tienes una idea de lo que quiero decir. Por ejemplo, recientemente dijiste: «Siempre te he querido, aunque no sea como otros padres, precisamente porque no puedo fingir ser como los demás».

Padre, nunca he dudado de tu bondad hacia mí, pero creo que esta observación es incorrecta. No puedes fingir, eso es cierto, pero decir que los otros padres están fingiendo es simplista y no es verdad. En mi opinión, ésta es una expresión ve-

lada de que algo anda mal entre nosotros y que tú también lo has provocado, aunque sin culpa intencional. Si realmente quieres decir eso, entonces estamos de acuerdo.

Por supuesto, no estoy diciendo que me convertí en lo que soy sólo a través de tu influencia. Eso sería una exageración (aunque a veces me inclino por pensar así). Es posible que incluso si hubiera crecido completamente libre de tu influencia, seguiría siendo quien soy ahora. Probablemente me habría convertido en una persona débil, ansiosa, vacilante y preocupada. No sería ni Robert Kafka ni Karl Hermann, sino alguien muy diferente de como realmente soy, y podríamos habernos llevado excelentemente el uno con el otro. Yo sería feliz como amigo, como jefe, como tío, como abuelo, o incluso como suegro. Pero como padre, eras demasiado fuerte para mí, especialmente porque mis hermanos murieron jóvenes y las hermanas llegaron mucho después, así que tuve que soportar el primer empujón solo, y fui demasiado débil para eso.

Comparémonos a los dos: yo, para decirlo brevemente, soy un Löwy con una cierta influencia de los Kafka, pero sin el respaldo de la vida y los

negocios de Kafka. Mi voluntad de conquista se despierta, pero con la cautela de un león que actúa de manera reservada y tímida, dirigiéndose en una dirección diferente y, a menudo, evitando exponerse por completo. Tú, en cambio, eres la encarnación del verdadero espíritu de Kafka: salud, apetito, poder vocal, el don de la palabra, autosatisfacción, superioridad mundial, perseverancia, presencia de ánimo, conocimiento de la naturaleza humana y cierta generosidad. Claro, también tienes todos los defectos y debilidades que acompañan a estas cualidades, y eso a veces agrava tu mal genio.

Quizás no seas completamente un Kafka en tu visión general del mundo, lo que me lleva a compararte con los tíos Philipp, Ludwig y Heinrich. Ellos eran más felices, más frescos, más despreocupados y relajados que tú. (Por cierto, heredé mucho de esta parte de ti, pero la herencia está demasiado bien gestionada en mí, sin los contrapesos necesarios que tú posees). Tal vez antes de que tus hijos, especialmente yo, te decepcionáramos, eras más feliz. Y tal vez ahora, con los nietos y el yerno, vuelves a sentir algo de esa calidez que los hijos, excepto quizás Valli, no pudieron darte.

De cualquier forma, éramos tan diferentes y, en esta diferencia, tan peligrosos el uno para el otro que, si alguien hubiera querido predecirlo, habría asumido que me habrías aplastado, dejándome sin nada. Esto no ocurrió, pero tal vez algo peor sucedió. Sin embargo, te pido que no olvides que nunca he creído, ni por un instante, en una falta de tu parte. Te percibo actuando conforme a lo que eres, y sólo te pido que dejes de culparme por una supuesta malicia de mi parte. Creo que he sucumbido a tu influencia. Fui un niño temeroso; ciertamente terco, como todos los niños, y quizás algo mimado por madre. Pero no creo haber sido particularmente difícil de manejar, y estoy seguro de que una palabra amable, una mano tranquila, una mirada bondadosa, podrían haberme conducido hacia donde quisieras.

Básicamente, eres una persona amable y gentil (lo siguiente no contradirá esto, sólo hablo de cómo te percibía yo como niño), pero no todos los niños tienen la perseverancia o el coraje para buscar durante mucho tiempo hasta encontrar esa bondad. Sólo podías tratarme de la manera en la que fuiste creado tú mismo: con fuerza, ruido y enfados repentinos. Parecía adecuado para ti,

porque querías criar en mí a un niño valiente y fuerte. No puedo recordar tus métodos educativos en mis primeros años, pero puedo deducirlos de los últimos años y de cómo tratas a Félix. A esto hay que sumarle que en ese tiempo eras más joven, más fresco, más salvaje y original, y estabas completamente absorbido por los negocios, lo que te dejaba poco tiempo para estar conmigo. Esto hizo que tus apariciones ante mí fueran aún más impactantes, casi sin tiempo para que me acostumbrara.

Recuerdo un incidente de esos primeros años. Puede que tú también lo recuerdes. Solía pedir agua lloriqueando por la noche, seguramente no por sed, sino quizás para molestar o para entretenerme. Después de algunas amenazas severas que no surtieron efecto, me sacaste de la cama, me llevaste al balcón y me dejaste allí, solo, frente a la puerta cerrada, en mi camisón. No digo que esto fuera incorrecto; tal vez a esa hora la tranquilidad nocturna era necesaria. Pero este acto ilustra tus métodos educativos y su efecto en mí. Probablemente después de eso fui obediente, pero interiormente quedé dañado. Aunque era evidente para mí lo irracional de pedir agua sin

tener sed, nunca pude reconciliarme con la tremenda severidad de la situación que me impusiste.

Incluso años después, me atormentaba la idea de que el hombre enorme, mi padre, pudiera venir en cualquier momento, sin razón aparente, sacarme de la cama y llevarme al balcón. Era un sentimiento de nulidad que, aunque noble y fructífero en otros aspectos, se originó en gran parte por tu influencia. Sólo necesitaba un poco de aliento, un poco de amabilidad, que me mantuvieran en mi camino en lugar de forzarme por el tuyo, que tú creías, con buena intención, que debía seguir. Pero no estaba preparado para eso.

Tú me animabas cuando saludaba y desfilaba bien, pero no estaba destinado a ser un futuro soldado. Me alentabas cuando comía abundantemente o incluso cuando bebía cerveza, o cuando cantaba canciones ininteligibles o repetía tus discursos favoritos. Pero nada de esto formaba parte de mi futuro. Es significativo que incluso hoy en día sólo te animas por algo cuando afecta tu sentido del yo, como por ejemplo cuando decidí casarme o cuando Pepa me insulta. Entonces me recuerdas mi valía, mencionas los derechos que tendría y condenas a Pepa. Pero, dejando de lado

que a mi edad ya no busco tanto el aliento, ¿de qué me sirve si sólo llega cuando no se trata de mí en primer término?

En ese entonces, necesitaba estímulos en todos los aspectos. Ya estaba deprimido, aplastado sobre todo por tu mera presencia física. Recuerdo, por ejemplo, cómo a menudo nos desnudábamos en una cabaña. Yo, delgado, débil, frágil, y tú, fuerte, alto, robusto. Desde el momento en que estábamos en la cabaña, me sentía miserable, no sólo frente a ti, sino frente al mundo entero, porque tú eras mi referencia en todo. Después, salíamos de la cabaña frente a la gente; yo, un pequeño esqueleto inseguro, descalzo sobre las tablas, con miedo al agua, incapaz de imitar tus movimientos de natación, aunque tú me los mostrabas con buena intención, pero en realidad, sólo incrementabas mi vergüenza profunda. En esos momentos, me sentía desesperado, y todas mis malas experiencias en la vida parecían armonizar perfectamente. Me sentía algo más cómodo cuando te desnudabas primero y yo podía quedarme solo en la cabaña, retrasando el momento de la vergüenza pública hasta que finalmente venías a buscarme y me sacabas de allí. Te agradecía

que no parecieras darte cuenta de mi sufrimiento, y, a pesar de todo, estaba orgulloso del cuerpo de mi padre.

Entre nosotros, esta diferencia sigue siendo similar hoy en día, y reflejaba aún más tu superioridad espiritual. Te veías a ti mismo elevado por tu propia fuerza, lo que te daba una confianza ilimitada en tu opinión. Esto no me deslumbraba tanto de niño, pero sí más tarde, cuando empecé a crecer. Desde tu sillón, gobernabas el mundo. Tu opinión era la correcta y cualquier otra era ridícula, exagerada, absurda, o simplemente anormal. Tu confianza en ti mismo era tan grande que ni siquiera necesitabas ser coherente, y aun así, siempre tenías razón. Podía suceder que no tuvieras una opinión sobre algo, y como resultado, todas las opiniones posibles sobre el tema debían estar equivocadas sin excepción. Por ejemplo, podías criticar a los checos, luego a los alemanes, luego a los judíos, y, al final, no quedaba nadie salvo tú.

Para mí, tenías ese misterio que tienen todos los tiranos, cuyo derecho a su posición no se basa en la reflexión. Al menos así me parecía a mí. De hecho, sorprendentemente, a menudo tenías ra-

zón en tus juicios sobre mí, aunque rara vez teníamos una conversación real. Pero eso no era incomprensible, ya que toda mi forma de pensar estaba bajo tu pesada influencia, incluso en los pensamientos que no coincidían con los tuyos, y especialmente en éstos. Todos mis pensamientos, aparentemente independientes, estaban impregnados desde el principio por tu presencia y la ejecución completa y continua de tus ideas, lo que hacía casi imposible resistirse.

No hablo de pensamientos elevados, sino de cada pequeño aspecto de la infancia. Sólo tenías que mostrarte satisfecho con algo, pronunciar tu opinión, y la respuesta era irónica: suspiros, sacudir la cabeza, golpear la mesa con el dedo mientras decías: «He visto algo mejor» o «¿Tú me cuentas tus preocupaciones?» o «No tengo la cabeza para esas cosas» o «Cómprate algo si quieres» o «Vaya, todo un evento». Por supuesto, no se podía esperar que te entusiasmaras con cada pequeña cosa, dado que vivías preocupado y con problemas. No era eso lo que importaba, sino el hecho de que siempre le dabas al niño tales decepciones, que en virtud de su naturaleza contradictoria, sólo acumulaban frustración. De este

modo, con el tiempo, incluso cuando compartías mi opinión, las decepciones ya no eran simplemente las de la vida ordinaria, sino que se enraizaban en algo más profundo, ya que todo se centraba en ti.

El coraje, la determinación, la confianza y la alegría por cualquier cosa no duraban mucho si estaban en contra de tu aprobación, o incluso si tu oposición sólo se percibía. Esto se aplicaba tanto a los pensamientos como a las personas. Bastaba que mostrara un mínimo interés en algo o alguien para que tú, sin consideración alguna por mis sentimientos ni respeto por mi juicio, lo descalificaras con abuso, calumnia o desprecio. Gente inocente, como el actor yiddish Löwy, tenía que pagar por esto. Sin conocerlo, lo comparaste de una manera terrible con alimañas, un comentario que ya he olvidado, pero que ilustra tu actitud. Y como suele suceder con las personas que me eran queridas, siempre tenías a mano el proverbio sobre los perros y las pulgas.

Recuerdo especialmente al actor porque, al escuchar tus comentarios sobre él, me dije a mí mismo: «así es como mi padre habla de mi amigo (a quien no le gusta sólo porque es mi amigo).

Siempre podré recordarle esto cuando me acuse de falta de amor filial y gratitud». Me resultaba incomprensible tu total falta de sensibilidad hacia el sufrimiento y la vergüenza que causabas con tus palabras, como si no tuvieras idea del poder que tenías. Ciertamente, yo también te he ofendido a menudo con palabras, pero siempre era consciente de ello, me dolía y me arrepentía en el mismo instante en el que las decía. Pero tú manejabas tus palabras sin miramientos, y nadie se atrevía a desafiarte; quedábamos completamente indefensos ante ti.

Así fue toda tu educación. Creo que tenías talento para la educación; ciertamente podrías haber beneficiado a personas de tu misma especie a través de ella. Ellos habrían visto la razonabilidad en lo que decías, sin necesitar más orientación, y habrían seguido tus órdenes en silencio. Pero para mí, como niño, todo lo que decías era como un mandato celestial. Nunca lo olvidé, y se convirtió en el medio más importante para evaluar el mundo, empezando por evaluarte a ti mismo. Y en esa evaluación fallaste por completo.

Dado que como niño comía principalmente contigo, tus lecciones eran en su mayoría sobre el

comportamiento adecuado en la mesa. Había que comer lo que había en la mesa, y no se permitía hablar sobre si la comida era buena o no, aunque a menudo decías que era bazofia, llamándola «comida de animales» (refiriéndote a la cocinera). Debido a tu gran hambre y tu preferencia por comer rápido, caliente y en grandes bocados, yo también debía apresurarme. Reinaba un sombrío silencio en la mesa, sólo interrumpido por tus advertencias: «Primero come, luego habla», o «Más rápido, más rápido», o «Mira, ya he terminado hace rato». No se permitía romper los huesos, aunque tú lo hacías. No se permitía beber vinagre, aunque tú sí lo hacías. Lo principal era que el pan sólo se cortara, pero tú lo hacías con un cuchillo chorreando salsa sin que importara. Había que tener cuidado de que no cayeran partículas de comida al suelo, aunque en la mayoría de las veces quien las dejaba caer eras tú. En la mesa, sólo se debía prestar atención a la comida, pero tú te limpiabas las uñas, afilabas lápices y te limpiabas los oídos con un palillo.

Por favor, padre, entiéndeme bien. Estos habrían sido detalles completamente insignificantes por sí mismos, pero se volvieron deprimentes para

mí sólo porque tú, el hombre con tanta autoridad para mí, no seguías los mandamientos que me imponías. Como resultado, el mundo se dividió en tres partes para mí: un lugar donde yo, el esclavo, vivía bajo leyes inventadas sólo para mí y a las cuales nunca podría adherirme por completo; luego un segundo mundo, infinitamente alejado del mío, en el que tú vivías, ocupado con gobernar, emitir órdenes y lidiar con su incumplimiento; y finalmente, un tercer mundo donde el resto de la gente vivía feliz y libre de mandatos y obediencia.

Siempre me sentí avergonzado, ya fuera por seguir tus órdenes, lo cual era vergonzoso porque sólo se aplicaban a mí; o por desafiarlas, lo cual también era vergonzoso porque ¿cómo podría yo desafiarte a ti? No podía seguirte, porque, por ejemplo, no tenía ni tu fuerza, ni tu apetito, ni tus habilidades, aunque me lo exigieras como algo evidente. Y esto era, para mí, la mayor vergüenza. Todo esto no era una cuestión de reflexión, sino de sentimiento infantil.

Mi situación en ese momento se puede entender mejor si la comparo con la de Félix. A él también lo tratas de manera similar, y usas una herra-

mienta educativa particularmente cruel al decirle que si hace algo inapropiado mientras come, no sólo lo llamas «un gran cerdo», como solías hacer conmigo, sino que añades: «un auténtico Hermann» o «igual que tu padre». Quizás esto le duela, pero no es esencial para Félix, porque para él sólo eres un abuelo especialmente importante, no todo su mundo, como lo eras para mí. Además, Félix tiene un carácter tranquilo, es hasta cierto punto un hombre, que puede sorprenderse por una voz de trueno, pero su reacción no dura mucho, especialmente porque pasa relativamente poco tiempo contigo y está bajo otras influencias. Eres más una figura curiosa y querida para él, de la que puede tomar lo que quiera. Para mí, tú no eras nada extraño; no podía elegir, tenía que aceptarlo todo, y sin posibilidad de discutir, porque no es posible que hables con calma sobre algo con lo que no estás de acuerdo o que simplemente no es de tu agrado. Tu temperamento autoritario no lo permite.

En los últimos años, explicas esto con tu nerviosismo cardíaco, pero no recuerdo que alguna vez hayas sido significativamente diferente. A lo sumo, este nerviosismo es un medio para ejercer

un control aún más estricto, ya que el pensamiento debe ser sofocado en el otro como último recurso. Por supuesto, esto no es una acusación, sólo una declaración de un hecho. Por ejemplo, con Ottla: «ni siquiera se puede hablar con ella, inmediatamente te encara», solías decir, pero en realidad ella no se enfrenta de inmediato; confundes la cosa con la persona. La situación te desafía, y tú decides sin escuchar a la persona; lo que se presente después sólo puede irritarte aún más, nunca convencerte. Entonces, todo lo que escuchamos de ti es: «haz lo que quieras; eres libre; ya eres mayor; no tengo consejos que darte», y todo esto con el terrible trasfondo de ira y condena total. Hoy en día, me enfrento a esto con menos temblor que en la infancia, porque el sentimiento exclusivo de culpa del niño ha sido reemplazado en parte por la comprensión de nuestra mutua impotencia.

La imposibilidad de una comunicación tranquila tuvo otra consecuencia natural: he olvidado cómo hablar. Probablemente no habría sido un gran orador de otra manera, pero normalmente habría dominado el lenguaje humano de manera fluida. Sin embargo, desde el principio me prohi-

biste hablar. Tu amenaza: «ni una palabra de objeción» y tu mano alzada me han acompañado desde tiempos inmemoriales. Me quedaba frente a ti, quien, cuando se trataba de tus asuntos, eras un orador excelente, mientras que yo apenas podía hablar de manera vacilante y tartamuda, hasta que finalmente me quedé callado, al principio tal vez por despecho, pero luego porque ni siquiera podía pensar ni hablar. Y como fuiste mi verdadero educador, esto se trasladó a todas las áreas de mi vida.

Es un error pensar que nunca me sometí a ti. «Siempre lo contrario» realmente no ha sido mi principio de vida hacia ti, como crees y me reprochas. Al contrario: si te hubiera seguido menos, probablemente estarías mucho más satisfecho conmigo. De hecho, todas tus medidas educativas fueron tomadas en cuenta exactamente; soy tal como soy, y no soy adecuado para nadie. Soy (aparte de los impactos de la vida) el resultado de tu educación y de mi obediencia. Que este resultado te desagrade y que inconscientemente te niegues a aceptarlo como producto de tu educación es precisamente porque nuestras naturalezas son tan ajenas entre sí.